

SIRHAN, EL LOBO ERRANTE

UN ASESINO Y SU ESPEJO



EN Los Angeles, en la sala de audiencias número 107, en el octavo piso del edificio de Justice Hall, detrás de las ventanas provistas de placas blindadas, los debates del proceso Sirhan Bishara progresan desde el 7 de enero pasado. Lentos, trágicos. A veces grotescos.

Los preside el juez Herbert V. Walker, magistrado equitativo, fair minded, según se dice. Rostro macizo, surcado de arrugas, se diría un profesor de Harvard. En el curso de su carrera, este hombre justo ha mandado a dieciocho hombres a la cámara de gas, entre ellos Caryl Chessman. Bajo su rigurosa dirección acaba de celebrarse una macrofarsa psicoanalítica. Un psicólogo voluble del hospital de San Diego, el doctor Martin M. Schorr, analizaba el caso Sirhan.

El inculpado, según explica Schorr, «detestaba y temía a su padre (pero) había evitado recurrir a la violencia mientras se sintió protegido por su madre». Luego, «en un momento dado, la señora Sirhan también abandonó a su hijo». Léase traicionó. Entonces «Sirhan halló en Kennedy la réplica simbólica de su padre...». Schorr afirma que Sirhan estaba «loco» cuando mató a Kennedy. Pero, unos días antes, el mismo Schorr declaró que Sirhan no estaba «loco». Schorr abusa de la palabra para ser un terapeuta. Según Schorr, parece que Sirhan tan pronto sufre de una neurosis como de una psicosis, lo que, desde un punto de vista clínico, no deja de ser raro.

Resulta curioso que Schorr

comparezca a petición del fiscal adjunto, John E. Howard. «Todas estas explicaciones —dice este último— son más bien rebuscadas». Nadie pregunta a Schorr por qué Sirhan ha «escogido» a Robert Kennedy o cómo su madre abandonó a su hijo. El fiscal adjunto deja ir las cosas durante varias audiencias. Luego demuestra al Tribunal que el informe Schorr ha seguido en exceso el «Manual de psiquiatría criminal» del doctor James A. Brussek. Schorr no va de lo general a lo particular, sino de un criminal particular a otro. Calca. Finalmente, el fiscal adjunto presenta una carta escrita por el doctor Schorr a los abogados de Sirhan el 10 de julio de 1968; el psicólogo «preplanificar el jurado adecuado» para el «affaire» Sirhan. La acusación concluye que Schorr llegó a conclusiones referentes a Sirhan antes de haberle examinado.

La estrategia de la defensa y la de la acusación son semejantes, pero contradictorias. Giran en torno a una noción de derecho californiano. Los abogados quieren demostrar al jurado —ocho hombres y cuatro mujeres— que Sirhan estaba «en estado de capacidad reducida» cuando mató a Kennedy. Sus acusadores quieren probar lo contrario. Según la ley californiana, un inculpado, sin estar «loco», puede ser considerado en estado de «capacidad reducida». Si sus defensores se llevan el gato al agua, Sirhan puede ser condenado, por «homicidio», de cero a quince años de prisión, o, por «asesinato en segundo grado», de cinco años a

cadena perpetua. Si triunfa la tesis de la acusación, Sirhan arriesga la cadena perpetua o la cámara de gas por «asesinato en primer grado».

«YO HE MATADO»

Desde enero hasta marzo, la defensa y la acusación están de acuerdo para jugar el juego de este modo. Sirhan se confiesa «no culpable». Durante ocho semanas es cortés, ausente, risueño. Bruscamente, en marzo, interviene, él solo, contra sus abogados ultrajados, el fiscal y sus adjuntos asombrados y el juez escandalizado.

Sirhan intenta transformar el proceso en veinte minutos, radicalizarlo. Se alza, con los ojos brillantes, con su piel mate gris, bajo los tubos de neón: «Yo he matado a Robert Kennedy voluntariamente, con premeditación, con veinte años de premeditación criminal». Tuvo tiempo de absorber la jerga jurídica pasada de moda. Subraya: «With twenty years of malice aforethought». Lanza, cortando el aire con su mano derecha: «Señoría, quiero confesarme culpable». Repudia a sus abogados: «Quiero ocuparme yo mismo de mi defensa». Solicita ser ejecutado. Se deja caer en su silla, apoya su cabeza en los informes que están ante él.

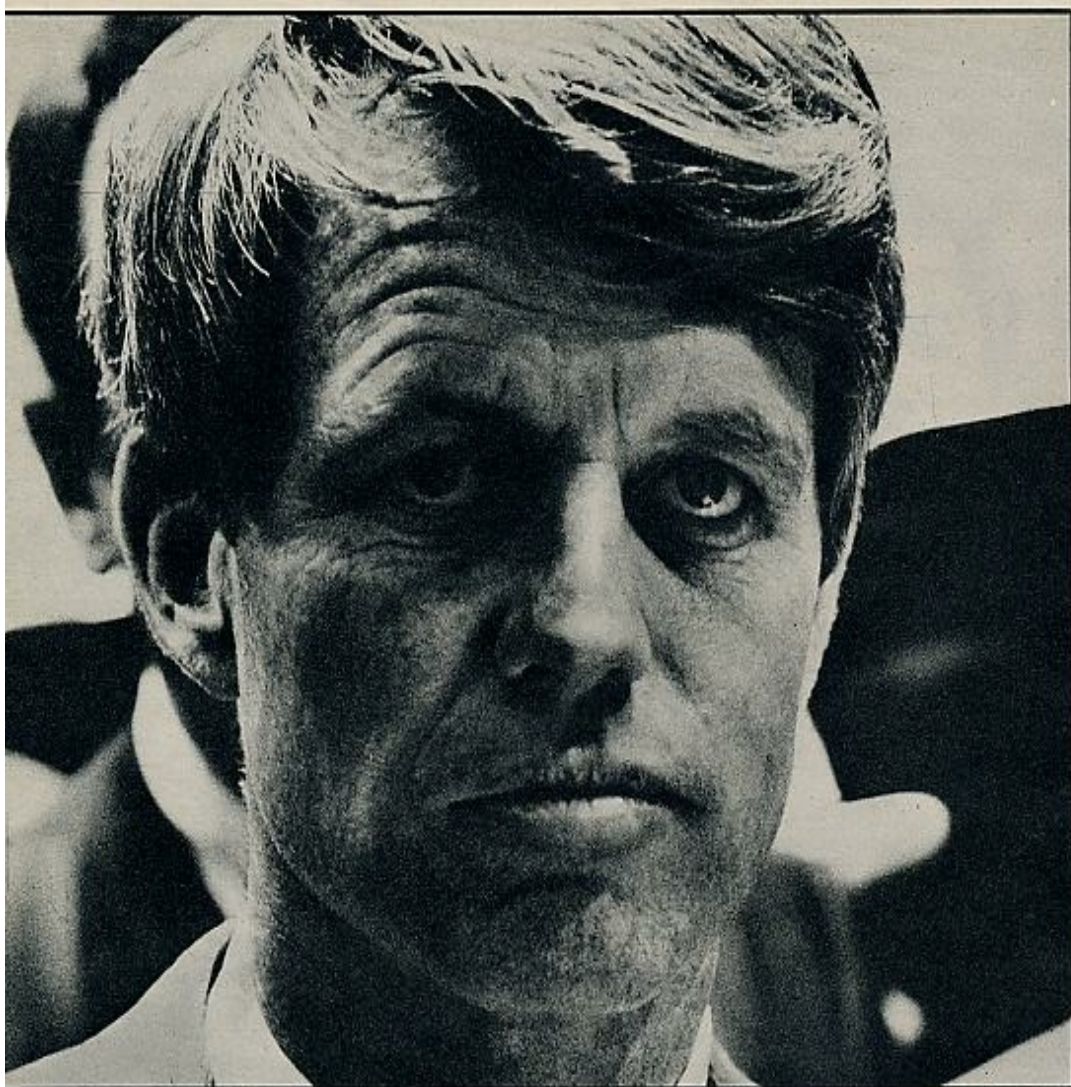
Así, tranquilo, demasiado tranquilo, el objeto neutralizado del

proceso, hasta entonces espectador, quiere convertirse en actor, en sujeto. El juez Walker se pone tenso. Amenaza con hacer que pongan una camisa de fuerza a Sirhan, que le encadenen. Tiene derecho a ello. ¿Qué quiere ocuparse de su propia defensa? El juez le plantea una serie de preguntas jurídicas con trampa. Sirhan no sabe contestar: «No es usted capaz de ocuparse de su propia defensa». El juez rechaza la dimisión colectiva de los abogados, que, según Walker, «presentan una buena defensa, por no decir que la única lógica».

El grupo de abogados, que trabaja gratuitamente, es sólido: dos californianos, Grant B. Cooper, de sesenta y cuatro años, y Russell E. Parsons, de setenta y tres. Profesionales rutinarios, Emilio Zola Berman, de sesenta y seis, judío neoyorquino, es quizá el más célebre. En 1956 salvó al sargento Mathew McKeon, responsable de un ejercicio en cuyo transcurso se ahogaron seis soldados.

UN MUSTANG NUEVO

¿Por qué reivindica Sirhan su culpabilidad? En primer lugar, al menos en apariencia, porque un pedagogo fue a decirle que su I. Q., su coeficiente intelectual de 89 puntos, era «anormalmente bajo» en la escuela. Herido, Sirhan es víctima del terrorismo



«Sirhan halló en Kennedy la réplica simbólica de su padre...». «Sirhan se mira en un espejo. Piensa, piensa, piensa tanto en Kennedy que acaba por ver a Kennedy en el espejo...». «Yo he matado a Robert Kennedy voluntariamente, con premeditación, con veinte años de premeditación criminal...».

del I. Q. Pero, sobre todo, Sirhan se ha puesto frenético porque se exhibieron carnets y sobres garabateados por él. Fueron descubiertos en su dormitorio y en un cubo de basura por la policía. «Sin orden de registro», señala la defensa, que se reserva el derecho de basar la apelación en este vicio de forma, pero está satisfecha de que estas piezas figuren en el «dossier». ¿Por qué?

En una cuartilla, escrito con una caligrafía salvaje, puede leerse:

**18 de mayo-9 h. 45-68
mi determinación de
eliminar a R. F. K. está convirtiéndose
cada vez más en una
obsesión inarralgable
pagar a la orden de...
R. F. K. debe morir**

Luego, una veintena de veces:

Robert Kennedy debe ser asesinado.

Más adelante:

Robert Kennedy debe ser asesinado antes del 5 de junio de 1968.

Se trata de la fecha aniversario de la última guerra árabe-israelí.

Otros pasajes de los carnets dicen: «El embajador Goldberg debe morir, morir... El embajador Goldberg debe ser ejecutado... ¡Viva Nasser!... ¡Viva el sueño árabe!... Tengo que conducir un Mustang nuevo... Estoy a favor de cualquier comunismo, sea ruso, chino o cubano...».

Los jurados han hojeado los carnets. Deben plantearse el pro-

blema de la «responsabilidad reducida». Sirhan —a no ser que esté interpretando una increíble comedia de acuerdo con sus abogados— no quiere ser tomado por loco o semiloco. Quiere que se vea en él un asesino político. Quiere dar un sentido a su vida y a su muerte.

El abogado Grant Cooper le interroga: «¿Ha pensado alguna vez en matar al presidente Johnson?».

«Supongo que sí».

Entre los papeles está también una pieza autógrafa de Sirhan, fechada el 2 de junio de 1967: «Declaración de guerra a la humanidad americana. El autor de este memorándum desea ser designado por la Historia como la persona que puso en marcha la última guerra mundial. Las primeras víctimas serán el presidente de los Estados Unidos, el vicepresidente y así sucesivamente hasta el fin de la escala».

UNA ESPECIE DE AGUJERO

Cuando Sirhan grita: «¡Soy culpable... con veinte años de premeditación!», ¿en qué piensa? ¿Qué es lo que rumia, con sus veinticuatro años de edad? Sin duda, toda su vida.

Veinte años antes del asesinato de Los Angeles, en 1948, un joven aristócrata americano, recién salido de Harvard, hacía periodismo. Asistía a las batallas entre israelíes y jordanos en Palestina.

Se trataba de Robert Kennedy, corresponsal del «Boston Post». En aquella época la familia Sirhan, metida en los combates callejeros entre sionistas y árabes, jordana, huyó de la parte nueva de Jerusalén. Se refugió en la ciudad vieja. Cuando los cañones disparaban, la madre, Mary Sirhan, llenaba de algodón las orejas de sus cinco hijos. Sirhan no había cumplido los cuatro años cuando vio cómo a una niña le arrancaban una pierna. Tuvo «una especie de agujero». Una bomba explotó cerca de él. Tuvo «un trance de cuatro días», según afirman sus abogados. Su mundo cotidiano era atroz. A su alrededor se hablaba. En abril de 1948, el Irguin Zvai Lemmi, organización judía militar de derechas, atacó el poblado árabe de Deir Yassin: 254 hombres, mujeres y niños fueron «masacrados». Cinco días más tarde, en Jerusalén, contraataque de un convoy sanitario judío por las tropas árabes; setenta y seis médicos, anestesiólogos y enfermeros murieron...

El Estado de Israel fue proclamado en 1948. «Veinte años de premeditación»...

UN HIERRO AL ROJO

Jordanos de nacionalidad, los Sirhan son palestinos de corazón. Cristianos de rito ortodoxo griego, pero, en primer lugar, árabes. Cuando Palestina estaba bajo

mandato británico, el padre, Bishara Salameh Sirhan, se pretendía inspector del servicio de aguas. Era fontanero. Después de la guerra perdió su empleo. Diferentes de los judíos de Jerusalén, por árabes, de la mayor parte de los árabes de Palestina, por cristianos, los Sirhan, refugiados a medias, humillados, «desocupados», pertenecen, además, a una capa social minoritaria, flotante: no son ni campesinos ni burgueses.

Sirhan, al que se apoda «Sol», va a la escuela luterana en la parte jordana de Jerusalén. Salim Awad, un profesor, se acuerda todavía de él, muestra sus notas. Sirhan era un alumno por encima de lo normal: muy bueno en árabe, bueno en inglés, muy satisfactorio en aritmética. ¿I. Q. 89? ¿Anormalmente bajo? Su padre afirma, en la actualidad, que Sirhan volvía de la escuela anunciando: «Mis profesores dicen que seré un gran hombre». Luego preguntaba: «¿Soy más inteligente que mis hermanos, papá?». Un día declaró, según parece: «Hitler era un gran hombre. Sus ideas eran buenas. Se equivocó al final, ya que hizo mucho daño a su país, pero se equivocó sólo porque su política fracasó. ¿Nazi precoz? Es demasiado aventurado afirmar».

El padre, Bishara Salameh Sirhan, era violento. Pegaba duramente a sus hijos, rompiendo de paso el escaso mobiliario. Un día acercó un hierro al rojo a los pies de Sirhan. Cuando se le habla de su hijo, en 1969, no le reconoce como el niño «gran lector de la



ELLA,
EL
Y
EL OTRO
«VARON»

Ella ha descubierto en la Colonia y Jabón VARON DANDY, la fresca y varonil fragancia que busca en el hombre.



COLONIA Y JABON

Varon Dandy
PARERA

UN ASESINO Y SU ESPEJO

Biblia», «tan limpio», «tan deficiente», virtuoso hasta el punto de denunciar a sus amiguitos «groseros».

Mil novecientos cincuenta y cinco: Israel lanza un ataque de represalia contra Gaza. Egipto compra armas a la URSS y a Checoslovaquia. «¡Viva Nasser!...», cualquier comunismo».

Las relaciones entre el padre y la madre de Sirhan son tensas: Mary irrita a su marido, está fascinada por los testigos de Jehová, una secta de extraña ideología. Los niños se dan cuenta de esta tensión. Familia dividida en una ciudad dividida de un país dividido.

Enero de 1957: Después de Suez y de la guerra árabe-israelí, con ayuda del Consejo Mundial de las Iglesias y de la Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados, la familia Sirhan parte hacia Estados Unidos. Antes de abandonar Jerusalén, Sirhan dice a Lily Ramian, hoy maestra de la escuela luterana: «Voy a ser muy rico». Tiene once años. «Por eso me voy a Estados Unidos». En Jerusalén, todos los americanos a los que se ve o se imagina parecen riquísimos. ¿Cómo admitir que se huye? Se va a conquistar. El mismo mes, el Congreso americano teme que el Oriente Medio caiga bajo control soviético. Autoriza al presidente Eisenhower a aportar una asistencia económica y militar a todo país de esta región que se considere amenazado. Los países árabes caen en la órbita soviética e Israel se vuelve hacia Estados Unidos y, sobre todo, hacia su comunidad judía. Los Sirhan, pues, van hacia el enemigo por poderes. Si su familia hubiera sido musulmana, Sirhan Bishara Sirhan quizá estuviera hoy en Egipto, fuera miembro de los comandos de Al Fatah, patriota, asesino, lo que se prefiera...

Mary Sirhan, a causa del clima, del sol y porque allí hay, por lo menos, 20.000 árabes cristianos, sobre todo sirios y libaneses, lleva a sus hijos —Aida, Sharif, Adel, Munir y Sirhan— a Los Angeles. El cuarto hijo, Said, se les unirá en 1960. El padre pasa por Nueva York y Los Angeles. Volverá al Oriente Medio casi sin decir adiós. Piensa en divorciarse. No le gusta los Estados Unidos. Ha dejado tras él a su madre. Tiene noventa años, no quiere emigrar.

años cuando mata —quizá— a Kennedy. La familia Sirhan se ha instalado en una casa blanca, de madera, con veranda. Delante de la puerta hay un magnolio, en el patio trasero hay escombros. Es en Pasadena, uno de esos inmensos fragmentos que componen ese gigantesco «puzzle» que es Los Angeles. Pasadena es, junto a Venice West, uno de los escasos barrios integrados de hecho.

¿Los Angeles? La ciudad que alardea de absorber un recién llegado cada quince segundos. Los extremos de la riqueza y de la miseria americanas. Las villas de las estrellas de Beverly Hills y los chamizos negros de Watts. Los magnates de la televisión de Hollywood y los vagabundos en los muelles de Santa Mónica. Los bulevares sin aceras, sin niños, sin animales. Donde los polizontes detienen a los que van a pie. El dédalo de las autopistas del año 2000. «Tengo que conducir un Mustang nuevo». Una ciudad casi sin transportes colectivos. Al borde del Pacífico, pozos de petróleo hasta en los jardines. El «boom» de las industrias de defensa y de las inmobiliarias. Un hervidero de sectas. Una extrema derecha ultra con una fuerte implantación de la John Birch Society. La pesadilla climatizada cuando uno puede pagarse climatizadores. Alfred North Whitehead escribe que «a toda grandeza le parece necesario un elemento de exceso». Los Angeles tiene grandeza, poderío e inhumanidad. Su ciclo quizá sea tan azul como el de Palestina, su sol igualmente caliente, pero Los Angeles es, desde luego, lo contrario de la vieja y la nueva Jerusalén.

Los vecinos confiarán a los periodistas que cayeron sobre Pasadena después del asesinato de Robert Kennedy que los Sirhan eran la mar de amables. ¿Adaptados, arraigados? Fijándose bien, mal adaptados: Frances Rosemond, masajista, amiga de la familia, dice: «A los Sirhan les trataban como a negros. Eran cristianos, pero la mayoría de la gente no lo sabía o les daba igual... No pertenecían a ninguna parte. Eran personas desplazadas». Con su piel oscura a veces les tomaban por mejicanos. No había nada más bajo en la escala social: los «Mex», los «Greasers», los grasientos...

otra América. Algunos, naturalmente, en coche. Sirhan dice: «En aquel momento empecé a ser consciente de las diferencias entre nosotros... Me di cuenta de que era diferente». En Estados Unidos no se nace árabe o negro, se convierte uno en ello. Sirhan se cree buen alumno. Es miembro del consejo de la escuela. Incluso hace su preparación militar. Parece integrarse. ¿I. Q. 89? ¿Quién le ha mentado? ¿Se ha mentado a sí mismo?. En la actualidad, Zool, digamos uno de sus compañeros —nadie ha dicho en voz alta ser o haber sido amigo de Sirhan—, afirma: «Sol» se sentía siempre extraño, outsider». Voluntariamente, Sirhan abordará las asignaturas difíciles, como el ruso, mientras la mayoría de los alumnos eligen el español.

No fuma. Ni siquiera marihuana, fácil de conseguir y de moda. Ni siquiera cigarrillos corrientes. En un país en el que el «going steady», el —¿cómo decirlo?— emparejamiento a los catorce años entre chicos y chicas es algo corriente, de rigor, «Sol» no tiene «girl friend». Los carnets hallados por la policía parece que contienen notas fantasmagóricas concernientes a las mujeres... Sirhan no pertenece a una panda. Es introvertido, cerrado en sí mismo. A un tal Jack Bing, le dice: «Un día me dedicaré a la política... seré un gran hombre». Un tal Christian Ek le resume retrospectivamente: «Siempre había soñado con convertirse en un gran hombre». ¿Cómo meterse en política en Estados Unidos? Pidiendo la nacionalización, cosa que Sirhan habría podido hacer después de haber sido «residente permanente» durante diez años, en 1967.

Ya no era jordano. Todavía no era americano. Se negaba incluso, a veces tontamente, a ser americano: consideraba que su inglés era puro, mientras que para él los americanos «no conocían su lengua».

California posee un excelente sistema de universidad de Estado —la UCLA, en Los Angeles; Berkeley, en San Francisco—... Sirhan podía pretender tener acceso a él. Se contentó, sin que se sepa por qué, no ya con un State College, primer subsuelo universitario, sino con el Pasadena City College, un mediocre instituto que ni siquiera concede un diploma.

Por la mañana se levanta, se limpia los zapatos, va a leer los periódicos a la biblioteca municipal, donde también lee libros confusos sobre «la fuerza del pensamiento». Una vez preso, re-leerá los teósofos. Cada vez se encuentra más extraño. En su celda dirá a Robert Kaiser, que forma parte del Estado mayor de sus abogados: «¡Mi nombre!

Sear-hann Sear-hann. Cuando la gente le oía todo se paraba... ¿Qué clase de nombre era aquel? Cada vez me identificaba más a mi nombre. Sirhan, en árabe, quiere decir lobo. Yo me hacía cada vez más lobo».

PERSONALIDAD EXPLOSIVA

Quizá no todo se paraba. Pero él lo creía. O cree que lo creía. O quiere convencer a los demás de que lo creía. Sirhan: lobo. Y Bishara, en árabe, quiere decir viajero, errante.

Paralelamente a sus estudios, que acaba por abandonar, Sirhan se gana la vida. Es botones en el Hollywood Park. Le gustaría ser jockey, pero pesa demasiado, cincuenta y siete kilos. Quizá esté poco dotado para la equitación. Monta caballos, pero sólo para refrescarlos cuando otros les han hecho galopar. El 25 de diciembre de 1966 sufre una caída. Afirma que tiene trastornos de la visión. Obtiene 2.000 dólares de indemnización.

Un médico que le ha examinado, y al que Sirhan ha amenazado si su informe no le era favorable, encuentra que tiene una «personalidad más bien explosiva». Su madre y sus hermanos se proponían insistir en el proceso sobre el hecho de que «ha cambiado después de su accidente».

Sirhan trabaja en un garaje. En un «drive in». En un rancho en China. El abogado Grant Cooper no encontrará dificultades para demostrar que Sirhan, para ser un californiano, pertenecía a «un bajo nivel económico».

Sus ingresos en 1965 fueron de 984 dólares con 90 centavos; en 1966, de 2.112 dólares con 46 centavos; en 1967, de 432 dólares con 96 centavos; en 1968, y hasta su detención, de 732 dólares...

En septiembre de 1967, Sirhan encontró un empleo de repartidor en un almacén de alimentos de régimen, el «Pasadena Organic Health Food Stores». El jefe, John H. Weidner, campechano, era un miembro de la resistencia holandesa. Sabía que había que tratar a aquel empleado con cuidado: «Hacerle sugerencias más bien que darle órdenes». Sirhan se negaba a ponerse una bata o un delantal. Weidner confiaba tanto en él que le mandaba a llevar al banco la caja de los tres almacenes que poseía en Pasadena. Dice: «Sirhan hablaba con frecuencia de que había visto a personas de su raza asesinadas por los israelíes. Estaba lleno

COMO NEGROS

Mary se dedica a cuidar niños. Trabaja también como asistenta, igual que la madre de Oswald, que también tiene veinticuatro

CADA DIA MAS LOBO

«Sol» va a la John Muir High School. Ciertos alumnos llegan con los zapatos agujereados, la

LAS COSAS CLARAS

¿Es un apasionado de la fotografía?
¿Le gusta encuadrar con precisión?



Bien. Mire por un visor de gran luminosidad. ¿Desea fotografías en la noche, en interiores o en días nublados?

Necesitará un obturador graduable. ¿Quiere fotos en blanco y negro con extensa gama de grises? Piense en una buena lente. ¿Busca los colores vibrantes de la realidad? ¿No le agradan las medias tintas, ni las imágenes borrosas? Entonces, las cosas claras, Vd. lo que quiere es la nueva cámara INSTAMATIC 133 de Kodak.

Con el nuevo equipo de color Instamatic 133 obtendrá fotografías claras, perfectas, en blanco y negro o color. Y ¡Por supuesto! también transparentes diapositivas. Pídala en su proveedor Kodak.

PELICULAS

Kodak

CAMARAS



